



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Rescatados de la vergüenza para la gloria

Exposición del Mensajero del Eterno

FUISTEIS rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo". Esta exhortación es muy importante y debemos tomarla a pecho, alimentarnos de ella continuamente, para no desviarnos.

Durante la edad evangélica, muchos han sido llamados a seguir a nuestro querido Salvador. No han faltado las advertencias, las exhortaciones y la inagotable bondad del Eterno; fueron constantemente puestos en guardia contra sí mismos, para no seguir caminos torcidos. A pesar de todo, sólo un pequeño rebaño ha sido verdaderamente fiel.

El buen Pastor ha sido maravilloso con sus queridos discípulos. La Palabra divina dice: "Cuando saca a sus propias ovejas, va delante de ellas." (Juan 10: 4), El Hijo de Dios las conduce, y éstas le siguen. No es así en la tierra, los perros vigilan los rebaños y muerden a las ovejas para juntarlas. El buen Pastor las llama con su tierna voz; pero ¡cuán pocas le siguen, puesto que se han necesitado diecinueve siglos para reunir al pequeño rebaño!

Si así no fuera, el alto llamado se habría terminado desde hace mucho tiempo, puesto que bastaban 144 000 reyes y sacerdotes para formarlos. Este contingente habría podido ser encontrado pronto si la mayoría de los que fueron llamados no hubieran desviado de su vocación y elección.

Actualmente, se presenta la misma situación. Un pequeño residuo de llamados permanecerá, todos los demás serán arrastrados por la corriente del adversario. Como se ocupan de muchas cosas ajenas al Reino, están distraídos y sugestionados, y lo hacen todo para no tener éxito. Sin embargo, estamos persuadidos de que el pequeño rebaño será completado; su formación se acabará, con nosotros si hacemos los esfuerzos requeridos, o sin nosotros, si no los hacemos.

El Eterno nos da toda facilidad en su magnífico programa, pero necesitamos buena voluntad. En el Ejército del Eterno podría haber un maravilloso avance, una poderosa manifestación de rejuvenecimiento, y los viejos podrían incluso adquirir la viabilidad. Pero muchos son barridos como paja, porque no han hecho lo necesario; no están en la nota ni son fieles. Por tanto, será preciso la resurrección para volverlos a llamar a la vida.

La ocasión de alcanzar la vida es ofrecida a los que están deseosos de realizar las condiciones; sin embargo, hay muy pocos entre los del Ejército del Eterno que hagan verdaderos esfuerzos. Hemos visto de aquellos que andan maravillosamente, lo que nos ha procurado transportes de alegría; nos ha probado que la

equivalencia funciona continuamente: El que es fiel está seguro de llegar, mientras que el infiel no puede alcanzar la meta.

Al examinarnos a la luz de la maravillosa gracia divina, dada actualmente, nos hemos dado cuenta de que queda mucho por hacer en nosotros. Gracias a la bondad divina sabemos que andamos por el buen camino y sólo falta continuar; pero vemos que no hay que aflojar ni hacer lo que interrumpiría la carrera, porque, si no, la ley de las equivalencias, que ha funcionado para nuestros amados, funcionaría también para nosotros, puesto que el Señor no hace acepción de personas. El. dice: "Al que venciere... yo le daré la corona de la vida".

El que no sea vencedor para la vida, pasará por el camino de toda la tierra. Por tanto, no hay que pensar que es posible entrar en el Reino de Dios con todas las taras que tenemos, con nuestras distracciones, el egoísmo, la falta de vigilancia y todas nuestras disposiciones de corazón que no están en armonía con la Ley divina. Se entra en el Reino teniendo actividad, gozo y entusiasmo por vivir el programa. Son estas disposiciones que hemos de alcanzar, y entonces podremos desarrollar la maravillosa revelación de Jesucristo, que nos ha sido dada para manifestarla como hijos de Dios que revelan la presencia del Señor.

Durante su primera presencia, el Señor hizo cosas admirables, pero cuando sea manifestada su segunda presencia, habrá cosas mucho más gloriosas. Durante su primera presencia él sanó a enfermos, resucitó a muertos, alivió y consoló a pobres e infelices. Pero en su segunda presencia su obra será mucho más grandiosa, porque se revelara en las obras del pueblo de Dios, que son la revelación de los hijos de Dios.

He aquí lo que se nos presenta por la fe, y lo que el Señor nos propone en su grande amor y su fidelidad. Experimentamos una infinita felicidad de oír las palabras de vida eterna y de compenetrarnos de ellas, para estar conscientes de nuestra situación. Tenemos cada uno varios pasos que dar, y producirán una mejoría en nuestro carácter si somos fieles.

Como pequeño rebaño, si no cumplimos con nuestro deber, descuidaremos las ocasiones que nos son dadas para afirmar nuestra vocación. El Ejército del Eterno tiene también un tiempo determinado para cambiar los sentimientos de su corazón, para ser una poderosa demostración de la obra del Eterno, de la restauración de todas las cosas de que habló Dios en otro tiempo por boca de sus profetas.

Por tanto, esta meta es gloriosa y debemos compenetrarnos del significado de estas palabras: "Fuisteis rescatados a gran precio, con la sangre preciosa del Cordero de Dios."

Cuando tenemos conciencia de este rescate, podemos medir todo su valor y sentimos la poderosa acción de la gracia divina en nuestro corazón. Sólo los que combaten verdaderamente el buen combate saben apreciar el valor de la sangre purificadora de Cristo, continuamente a su disposición para mejorar su situación, volverse viables y aceptables.

Sin la sangre de Cristo no podríamos seguir la carrera, porque siendo cada día condenados por nuestras malas obras, no tendríamos propiciación para reintroducimos en la liza. Por consiguiente, si no nos esforzamos en mejorarlos, al combatir la buena batalla de la fe, no seremos capaces de estimar lo que representa el poder maravilloso que tenemos a disposición por medio de la sangre de Cristo.

Por medio de la fe, esta sangre debe purificarlos de todo pecado, hacernos aceptables delante de Dios, y darnos la posibilidad de aprender las lecciones que necesitamos. Cuando estamos en esta situación, las recibimos con docilidad y estamos bien dispuestos. Las tres cuartas partes en la familia de la fe no lo están bastante; no están conscientes de lo que representa, y así se quedan en gentes religiosas, egoístas como el mundo, y no cambian.

Esto ha sucedido en el transcurso del alto llamado. A pesar de las múltiples advertencias que ha dado el Señor, la mayoría han tomado las cosas a la ligera, a causa de su egoísmo y de las tinieblas que circundan su cerebro y que los mantiene en una situación desfavorable. Sin embargo, nadie es menospreciado, cada uno es amablemente estimulado, confortado y ayudado en todos los sentidos. La maravillosa gracia divina está siempre a nuestra disposición, lo mismo que la propiciación hecha por nosotros mediante la sangre de Cristo.

Cuando libramos la buena batalla, estamos conscientes de que, si nuestro querido Salvador fue fiel, si recibió bofetadas, escupiduras e injurias, estos sufrimientos los soportó a fin de poder perdonarnos liberalmente todas nuestras pobreza y pagar la equivalencia de nuestros defectos. Entonces estimamos su fidelidad, comprendemos que si no abrió la boca delante de los que le injuriaban y se burlaban de él, si permaneció impasible, es porque era feliz de adquirir en lo sucesivo la posibilidad de perdonar continuamente los pecados al cubrirnos de sus méritos por su propiciación.

Necesitamos sentir estas cosas, y requiere una nueva educación de nuestra mentalidad. Aquellos que permanecen insensibles, porque no han querido desarrollar la sensibilidad divina, perecerán en su maldad, a causa de su sensibilidad diabólica. Reciben advertencias, se benefician de mucha benevolencia y del tiempo

ofrecido, pero no hacen nada, ni lo más mínimo; se engañan a sí mismos con falsos razonamientos, emplean toda clase de expedientes, creen ser hijos de Dios, y en realidad son bendecidos por el diablo.

Cuán indispensable, pues, es que nos pongamos a prueba, que nos hagamos ciertas preguntas, como estas, por ejemplo: "Si hubieras estado en el lugar de Abraham, ¿qué habrías hecho? ¿Habrías podido dar a tu hijo? ¿Y qué harías si el Señor te pidiera tu dinero? ¿Se lo darías, demostrando así que estás en la nota justa? ¿Amas al Señor por encima de todo, o bien amas más a tu familia, a tus hijos, a tu marido, a tu mujer, o a otra cosa?"

El Señor nos dice, para mostrarnos la importancia de la carrera: "El que ama a padre o madre, a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí". Pero con estas palabras el Señor no dice que no amemos a hijos, padres o mujer, puesto que por otro lado dice: "Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días en la tierra que el Eterno, tu Dios te da". Esto muestra que la salvación y el camino propuestos permiten alcanzar la vida y que no hay que descuidarlos.

Por lo tanto, para que nuestra propia negligencia no nos eche fuera, conviene que consideremos estas exhortaciones. Con ellas, pues, lo tenemos todo a profusión para realizar la educación de un hijo de Dios.

¿Qué es lo que nos hace morir? Es nuestra mentalidad diabólica, la cual afecta nuestros nervios, y éstos atacan los órganos, que pronto resultan fuera de uso. Sabemos que en el mundo no hay miramientos. Así los humanos se condenan por la violación de la Ley; pero actualmente su juicio no es definitivo. Si uno mata a otro, no es de capital importancia, siendo todos condenados muriendo los unos más pronto y los otros más tarde, destruyéndose a sí mismos por su línea de conducta.

Habiendo nuestro querido Salvador escuchado a ciertas personas que le explicaban lo ocurrido a unos galileos, les respondió: "Estos galileos sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo no; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente».

Los humanos no son especialmente protegidos, sino sólo los que, entre los hijos de Dios, son cubiertos por la sangre de Cristo por medio de la fe. Si queremos ser cubiertos por la sangre de Cristo, hemos de ser sinceros. Lo declara el apóstol Pedro: "Añadid a vuestra fe la virtud... a la piedad amor fraternal (ser bueno con el prójimo, altruista). Porque si estas cosas abundan en vosotros, no os dejarán ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas es ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados."

El apóstol Pedro ilustra además esta situación diciendo: "El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada al revolcadero." Aparte esta espantosa situación, a la que no hace falta llegar, nos regocijamos muchísimo de tener una esperanza viva y gloriosa en el corazón. Respecto a mí, sentí un gozo inefable cuando comprendí los maravillosos caminos del Señor.

Conviene que seamos siempre profundamente agradecidos, pues así estaremos siempre en el gozo. Si no somos agradecidos, no podemos realizar el aprecio ni la sensibilidad que corresponden a una fe verdadera. Por la fe

procuremos estimar la sangre de Cristo en lo más hondo del corazón, y no más deshonrar al Eterno por faltarnos esta devoción que merece la abnegación del Hijo muy amado de Dios. Estas cosas deben penetrar en nuestro corazón para poder recibir la educación indispensable y alcanzar la meta definitiva.

El Ejército del Eterno es invitado a ser viable, pero sólo lo consigue desarrollando otra mentalidad y la sensibilidad. La mentalidad diabólica está formada de animosidades, disputas, envidias, etc. Todos estos sentimientos destruyen el organismo. Para conservarlo hemos de ejercitarnos en el amor fraternal y en apreciar las cosas divinas. No podemos estimar la sangre de Cristo si no somos agradecidos, si no le traemos alabanzas y adoración al Hijo muy amado de Dios. En el Apocalipsis, todos los ejércitos celestiales y los humanos en la tierra dicen: "El Cordero que fue inmolado es digno de recibir la honra, la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos".

Esta es la expresión de los sentimientos del corazón de los que han alcanzado una sensibilidad extraordinaria, porque la mentalidad divina se ha desarrollado en su alma y están profundamente agradecidos por la obra que el Señor hace en ellos. Lo esencial es trabajar en la reforma de nuestro carácter, si no, el horno nos quemará. El fuego sólo quema el mal, pero no el bien. Es como para el oro cuando ha pasado por el crisol, es totalmente afinado, y se dice que es transparente como el cristal, o sea de una pureza completa.

Formar la nueva mentalidad requiere un continuo ejercicio y gran vigilancia para tener pensamientos divinos y asimilarlos. Así recibimos el impulso de la gracia y de la bendición divina. Entonces podemos apreciar el sacrificio de Cristo. El sacrificio del pequeño rebaño es también altamente apreciado. Actualmente no se define muy bien donde está el Cristo, porque muchos de los llamados no se conducen como miembros del cuerpo de Cristo.

Sólo el discípulo verdadero tiene valor, porque forma parte del sacrificio de Cristo. El resultado de nuestra conducta viene sin tardar. Yo mismo he vivido con gran intensidad, en ciertos momentos, la consagración al Señor. Cuando me relajaba, la diferencia era fantástica en el concepto de las cosas. Aunque el mensaje traído fuera interesante, yo no sentía un sabor hasta partir el alma y el espíritu, penetrando la médula de los huesos.

Es esto lo que conviene realizar, y el Señor da su gracia, su maravillosa bondad, su ayuda y su socorro. No hay nada que temer, todo obra siempre para bien; el Eterno derrama su maravillosa bendición con poder en los corazones fieles. Tomemos a pecho no ser una vergüenza, sino una bendición, la cual recibe sin falta un corazón sincero, deseoso de hacer lo necesario para santificar el santo Nombre del Eterno. Por eso, queremos estarles profundamente agradecidos al Cordero de Dios y al Eterno por la maravillosa y sublime obra de salvación de la humanidad.

A pesar de que los humanos estén hundidos en la depravación como una masa mezclada al cieno hasta formar una materia compacta, que parece imposible separar, el Señor no les tiene repugnancia, y los quiere socorrer. El desea educarlos con una ternura inefable, por medio de las pruebas que deja venir a nosotros, pero las tamiza con amor, para que sólo eliminen poco a poco el cieno. Así desaparece el mal, y finalmente sólo queda el bien.

Para el que es fiel y sincero en los caminos del Señor, es una limpieza admirable que se realiza en su corazón y que sólo el Señor puede realizar. Nadie tendría tanta paciencia, amor y una bondad tan inefable. Un día el apóstol Pedro preguntó al Señor: "¿Cuántas veces le perdonaré a mi hermano cuando él pecare contra mí? ¿Será hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete." El quería mostrarle así la paciencia y la benevolencia del Eterno.

Nunca será la paciencia divina la que falte; pero no olvidemos que somos criaturas de un día y, por consiguiente, cuando se presentan las ocasiones, conviene que las tomemos a pecho. Los más mínimos esfuerzos que hacemos no sólo regocijan nuestro corazón, sino el corazón de los que nos rodean; pues ven que hacemos progresos y que somos bendecidos, lo que es para ellos un inmenso estímulo.

Sigamos, pues, caminos rectos. Sólo hay dos caminos, el ancho, que lleva a la perdición, y el angosto que lleva a la vida. El Señor dice: "Escoge la vida, para que vivas; ¿por qué querías morir?" Queremos seguir las huellas de nuestro querido Salvador, tomar a pecho su benevolencia, amor y abnegación, la vida de sacrificio que vivió en la tierra. Aun en nuestra época podemos sacar fuerzas de su ejemplo, inculárnoslo, para que sane nuestro carácter y lo transforme. Entonces podremos adquirir la transparencia del Hijo de Dios. Estaremos deseosos de seguir el mismo camino y dejar obrar el espíritu divino en nuestra alma.

Esto es lo que deseamos esforzarnos en realizar, para que la gracia divina ejerza su acción en nuestro corazón. Así podremos traer gozo y bendición en torno nuestro, para que venga el Reino de nuestro querido Salvador y se haga la voluntad divina, como en el cielo, así también en la tierra.

Nos alegramos de que todo sea reconciliado en la tierra y en los cielos, de que queden vencidas definitivamente las lágrimas, los dolores, la enfermedad y la muerte. Esta es la gloriosa perspectiva que tiene actualmente el pueblo de Dios en la tierra. ¡Cuánto conviene agradecer al Eterno su ternura, y a nuestro querido Salvador su vida de sacrificio y su muerte en la cruz! Habiendo sido rescatados a tan alto precio, queremos hacer lo necesario para que su rescate pueda sernos útil, mediante la transformación del carácter. Así realizaremos la maravillosa manifestación y la gloria de los hijos de Dios, formaremos el tabernáculo que trae la bendición a toda la tierra.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Estamos conscientes de nuestro rescate y cuál es nuestra estima por la obra de Cristo?
2. ¿Reconocemos nuestra responsabilidad en la oferta de salvación que se nos hace?
3. ¿Recordamos siempre que la obra de Jesús es el capital que nos es dado para alcanzar la riqueza de un carácter viable?
4. ¿Qué avance hemos hecho en el desarrollo de un carácter legal, basado en la justificación por la sangre de Cristo?
5. ¿Nos mueve la gloriosa obra del Señor a ser una honra para él, haciendo esfuerzos por realizar la justicia?
6. ¿Somos vencedores de nuestra ilegalidad por medio de la sangre de Cristo?